

Tampoco es fácil ni seguro determinar las que convienen á los diferentes fines que se propone el orador. Su distribución en tres clases corresponde á los tres fines en que dividen el arte de hablar. Unas, dicen, son propias para instruir, otras para deleitar y otras para mover. Pero si se exceptúan muy pocas consignadas á los movimientos más fuertes del alma, tales como la *propopeya*, todas las demás se emplean indistintamente en estilos y con fines diferentes. Porque la figura, así como da la forma al pensamiento, así recibe de él la intención, el alma y el valor; de modo que se hace jovial con el pensamiento festivo, majestuosa con el grave, fácil y nativa con el sencillo. Esto se ve en la *exclamación*, que sirve para manifestar la admiración y la burla, el pesar y la alegría, el temor y la seguridad. De la enumeración ó distribución se dice que sirven para instruir; de la antítesis y de la armonía, que son propias para agradar, etc., pero pueden usarse muchas de ellas indistintamente.

Advertiremos, para concluir, que no puede haber belleza sólida donde falta la naturalidad. Si el orador domina la materia de que se trata; si está bien penetrado del asunto; si ha juntado un rico caudal de materiales y de pruebas; si ha educado el oído con la asidua lectura de los clásicos; si ha formado su gusto con el análisis juicioso de los buenos modelos; si tiene, en fin, genio y disposición natural, las figuras más propias brotarán espontáneamente de su pluma para instruir, agradar y mover, y será elocuente sin esfuerzo ni artificio que es el mejor género de elocuencia.

LIBRO III

Cualidades de la elocución.

CAPÍTULO PRIMERO

CUALIDADES GENERALES DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea de las cualidades generales de la elocución.

Como complemento y remate de esta primera parte, cúmplenos tratar ahora de las cualidades de la elocución.

Dividense éstas en generales y especiales. Las generales son pocas y se distinguen por su carácter permanente; las especiales son infinitas y variables. Así como la especie humana presenta un tipo general y constante, que distingue al hombre de los demás seres, al propio tiempo que una variedad de razas, pueblos, familias é individuos; asimismo las cualidades generales constituyen el tipo fundamental de la buena elocución, mientras que las especiales ó el estilo ofrecen una variedad marcada de géneros y especies.

La noble expresión de los pensamientos y de los afectos, la honestidad y elegancia del lenguaje, el prudente uso de las imágenes, la buena colocación de las figuras,

el poder ver de una ojeada la conexión y enlace de las ideas, sin que fatigue la monotonía y la conveniente elección y colocación de las palabras, son caracteres que deben distinguir á las composiciones literarias. No hay, por otra parte, palabras, por ásperas y duras que sean, que no puedan contribuir á la armonía y belleza del discurso, siempre que se hallen dispuestas por una mano hábil, así como en la construcción de un edificio encuentran su lugar adecuado las piedras más toscas y menos labradas.

Estas ligeras indicaciones son suficientes á interesarnos en el estudio de las cualidades generales de la elocución, que á continuación vamos á estudiar, dejando para los capítulos siguientes tratar del estilo.

II

Nobleza y elegancia de la elocución.

Nobleza.—Esta propiedad, llamada también dignidad ó decoro, consiste en cierta elevación de sentimientos y pensamientos, que evita toda palabra *torpe, repugnante ó baja* (1).

Las palabras han de ser claras y enérgicas, cuando las ideas que deseamos comunicar son tales que no puede haber inconveniente en nombrar cada cosa por su nombre. Pero cuando se trata de cosas asquerosas

(1) Si en las palabras se tiene en cuenta el debido respeto á las costumbres, conservan la denominación general de *decentes*; pero si se falta á esta regla, toman nombres particulares, según la manera con que se quebranta. Las expresiones que excitan ideas asquerosas, se llaman *indecentes*; las que son contrarias á la buena educación, *groseras*, y las que afectan al pudor, *torpes*.

ó impúdicas, lejos de escoger la expresión más clara y enérgica, debemos explicarnos con alguna respetuosa obscuridad, dejando entrever en una luz muy confusa lo que, expuesto á las claras, podría parecer menos decente á unos oídos delicados y puros, cuales debemos suponer los de los oyentes ó lectores.

Cuando la palabra propia puede ser suprimida, se la podrá reemplazar por medio de una perífrasis, de un tropo ó de una figura oblicua; y cuando el término no puede reemplazarse, se le realza con una hábil preparación ó con un contraste enérgico, agregándole un término más notable ó un epíteto apropiado.

Para expresarse con nobleza, se han de escoger dignos asuntos, pues son temas de nobles pensamientos y dan pie á todos los encantos de la elocución. No era Newton elocuente por naturaleza, pero lo fué cuando hablaba de Dios; y Bossuet, que lo fué siempre, lo era mucho más cuando hablaba de la Divinidad ó cuando consideraba ante los sepulcros de los reyes la nada de las grandezas humanas.

Elegancia.—Consiste en dar al pensamiento un giro primoroso y culto, expresándolo con palabras escogidas y gratas al oído.

La elegancia no se limita á la hermosura que resulta al estilo de la pureza, propiedad y colocación de las palabras y frases, porque depende tanto ó más del pensamiento que del lenguaje.

No es propio, dice Cicerón, de un padre permitir que su hija se muestre en público desarreglada y mal vestida; antes bien, procura todo lo contrario. Siendo, pues, la palabra hija del pensamiento, ha de procurar éste que se presente adornada con sus propias galas para que rinda con ellas los entendimientos, cautivando dulcemente los corazones. Sin embargo, no se debe adornar con exceso lo que se dice, porque esta superabundancia de adornos sale fuera de lo natural, y, descubriendo la

ostentación, desagrada. Con los adornos acontece lo que con un bordado: que no debe cubrir todo el fondo (1).

III

De la armonía de la elocución.

El sonido, elemento material de la música, además de la sensación agradable ó desagradable que produce en el oído, tiene la propiedad de agitar profundamente las cuerdas más íntimas de nuestro corazón. Pero la voz humana, eco expresivo del alma, es, entre todos los sonidos de la naturaleza, el más simpático, el más lleno de vida, el que más hondamente nos penetra y conmueve. Por esta razón todas las lenguas aspiran á pulimentar con más ó menos cuidado la rusticidad y aspereza de las palabras, y por esto mismo, los buenos escritores se esfuerzan y esmeran en adquirir la armonía del lenguaje, faltando muchas veces, aunque indebidamente, á las más importantes cualidades del estilo.

La voz *armonía* implica simultaneidad y concordancia de sonidos; pero como esta simultaneidad, tan agradable en la música, no puede tener cabida en el lenguaje, entiéndese por armonía en retórica la suave modulación que resulta del sonido de las palabras y de su buena colocación, así como de la acertada combinación de los acentos y pausas. La armonía es la música del estilo, y da á la voz humana el encanto y la eficacia de las obras musicales (2).

Hay dos especies de armonía: la armonía *mecánica*, que tiene por objeto principal deleitar al oído; y la ar-

(1) Atendida la definición que damos de la *Elegancia*, creemos que debe figurar entre las cualidades generales de la buena elocución, aunque así no piensen algunos preceptistas.

(2) Fray Luis de Granada fué el creador de la armonía de la prosa castellana.

monía *imitativa*, que consiste especialmente en la conformidad de los sonidos con las cosas que representan.

La armonía mecánica se encuentra en las palabras y en las cláusulas. La armonía de las palabras consiste en la melodía; la de las cláusulas en la melodía y en el ritmo ó número. La melodía y el ritmo son, pues, los elementos de la armonía. Consiste la melodía en la impresión dulce y agradable que hacen en el oído las palabras por la feliz combinación ó sucesión de los sonidos (1).

Se oponen á la melodía los vicios siguientes:

1.º *El hiato*, ó sea el encuentro de vocales que chocan unas con otras; porque como para pronunciarlas distintamente es menester abrir mucho la boca, resulta lo que se llama *hiatus* (2), el cual es siempre desapacible al oído. Por ejemplo: «oyó otro orador las mismas razones.»

2.º *El sonsonete* ó repetición de las mismas sílabas. Mariana dice: «No se *conformaron*, y así las armas que *dejaron* por causa de las treguas que se *concertaron*, las tornaban á tomar.»

3.º *La cacofonía*, que consiste en emplear palabras difíciles de pronunciar por sí mismas, ó porque van unidas á otras que las hacen aún más duras, como por ejemplo: «*atroz zozobra, error remoto.*»

4.º El ir seguidas palabras de las mismas dimensiones, como dice Coloma: «comenzaré este trabajo desde el principio del año 1588, *que fué en el que* llegué á los estados de Flandes;» donde se echa de ver el estrépito de cinco ingratos monosílabos eslabonados.

(1) Las palabras ó las series de palabras que más deleitan el oído son las que presentan una feliz combinación de vocales y consonantes de sílabas breves y largas, las cuales son de más fácil pronunciación.

(2) Del latino *hió*, abrir la boca.

El ritmo (1) ó *número*, consiste en cierta proporción de los sonidos, de las palabras, de los miembros, de los cortes finales de las cláusulas, calculada y medida de modo que facilite la respiración del que habla, que deleite el oído del que escucha y que satisfaga la mente, favoreciendo la atención y la inteligencia de lo que se dice (2).

La *armonía imitativa* consiste en reproducir é imitar por medio de los sonidos y del movimiento de la elocución, los sonidos, los movimientos de la naturaleza y las emociones del alma.

En las obras de los grandes maestros se encuentran, en efecto, bellísimas imitaciones de esta clase; pero si no nacen del raudal de la inspiración, inútiles serán cuantas reglas se den para ensayarlas. Apuntaremos, sin embargo, las más capitales, las cuales podrán servir, ya que no para producir bellezas propias en este difícil género, para saborear á lo menos las ajenas.

Tres cosas pueden imitarse principalmente con los sonidos, como queda dicho: *los sonidos, los movimientos y los afectos*.

1.º *Imitación de los sonidos*.—Los diferentes sonidos que se oyen en la naturaleza y los gritos de los animales, se expresan por lo común por medio de palabras imitativas, que forman lo que se llama *onomatopeya*, como: «el susurro de los vientos», «el zumbido de los insectos», etc.

Pero es un error creer que para la buena imitación de los sonidos basta la introducción de esas voces; pues,

(1) Del nombre griego *rythmos*, movimiento regular y acompasado.

(2) De la armonía de la música, de las proporciones de la geometría, de las reglas gramaticales sobre la pronunciación, se vino á erigir en precepto de la elocuencia el *número*. Los períodos numerosos agradan en extremo: tienen fluidez, hacen ruido como un torrente desbordado, ó murmuran dulcemente como un arroyuelo; encantan como la música, emblesan, facilitan la pronunciación, excitan el entusiasmo y arrebatan.

aunque sean de buen efecto en sus casos respectivos, es necesario que estén auxiliadas por los demás sonidos de la cláusula. De manera que se imita más propiamente la armonía de los sonidos, combinando las voces, ya ásperas, ya blandas, ya rápidas, ya lentas, de tal suerte, que el sonido que producen al pronunciarlas, remede en algún modo al ruido del objeto exterior que se describe. He aquí cómo imita Virgilio el ruido de la sierra: *Tum ferri rigor atque argutae lamina serrae*, donde el sonido rechinate de las *rr* produce en el oído un eco parecido al de la sierra.

2.º *Imitación de los movimientos*.—Aunque realmente no haya afinidad natural entre los sonidos y el movimiento, sin embargo, la imaginación, como observa Blair, la establece fácilmente. Así, se ve que las sílabas largas, cargadas de muchas consonantes, especialmente si son de difícil pronunciación, expresan la lentitud del movimiento, como se ve en estos versos de Iriarte:

En una catedral una campana habia,
Que sólo se tocaba algún solemne día.

donde lo largo de la medida y la pesadez con que se suceden los sonidos, dejan entrever cierta semejanza con el pausado movimiento de la campana.

Por el contrario, una larga tirada de sílabas breves presenta al ánimo un movimiento vivo, como en este:

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum...

donde la rapidez con que se suceden los sonidos, remedan en cierto modo el galope del corcel.

3.º *Imitación de los movimientos del alma*.—La armonía del lenguaje puede imitar los afectos del alma, tanto por causa de la relación que existe entre ciertos sonidos y nuestros afectos, como también porque la imaginación asocia con frecuencia ambas cosas.

La naturaleza, según Cicerón, dió á cada afecto una voz, un gesto, un color; así, ciertas exclamaciones expresan la admiración, la alegría, el horror, etc. Pablo Costa (1), observa que la virtud de las palabras depende de la relación que tienen las pasiones con el número. El hombre en la ira es impetuoso, vivo en la alegría, inmóvil en el temor, lento en la tristeza, arrebatado en el amor. Como en la música las notas graves y agudas expresan con sus modulaciones tan varios afectos, así la palabra, combinando el sonido y el número, se levanta ó se deprime, se acelera ó se detiene, según la naturaleza de los sentimientos que expresa.

Así, las sílabas lentas y suaves dejan ver la apacible tranquilidad del espíritu, como en estos bellísimos versos de Fray Luis de León:

¡Qué descansada vida,
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios, que en el mundo han sido!

Por el contrario, las sensaciones vivas y fogosas se retratan con números más rápidos, como en estos versos del mismo autor:

Acude, corre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Finalmente, las situaciones tiernas, melancólicas y tristes, piden palabras llenas y numerosas, y mayor lentitud las comunes, como puede observarse en estos hermosos versos de Garcilaso:

(1) *Retórica Sagrada.*

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
Por ti la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba.

No es verosímil que estas y otras imitaciones, de que abundan los buenos escritores, sean el resultado de combinaciones calculadas; más bien debe creerse que fueron sugeridas por el genio y por la naturaleza misma del asunto de que se hallaban penetrados en cada situación determinada (1).

Conviene refutar aquí una errada opinión de algunos críticos modernos. Porque han leído en los antiguos que entre los latinos se notaba como defecto, que en obras de prosa se encontrasen versos, creen que sucede lo mismo en castellano; pero es todo lo contrario. Para que nuestra prosa salga numerosa, fluida y sonora, es preciso que de tiempo en tiempo y aun con bastante frecuencia se encuentren en ella versos de diferentes medidas. Así, porque uniendo dos ó tres ó más palabras de las que están seguidas resulte un verso, no sólo no hay defecto, sino que, por lo contrario, es gala, si se tiene cuidado de que no haya seguidos muchos de una misma medida y asonantados, ó, como suele decirse, es necesario que los incisos y miembros de las cláusulas no caigan en copla.

(1) La *unidad y variedad* son también cualidades generales á la buena elocución, pero no las consignamos en este lugar, porque parece que se refieren más particularmente á la elocución oratoria y al plan del discurso, que es donde nosotros las tratamos.

CAPÍTULO II

CUALIDADES ACCIDENTALES DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea general del estilo.

Nadie ignora que los antiguos se servían de un punzón, en latín *stylus*, con el cual trazaban los caracteres de su escritura en tablillas cubiertas con una ligera capa de cera; y como nosotros, para designar que uno escribe ó pinta bien, solemos decir que tiene una excelente *pluma*, un admirable *pincel*, así decían ellos en igual significación: «Tal escritor tiene un incomparable estilo.» De manera que esta voz ha venido á designar por extensión:

1.º El modo especial de hablar y de escribir de algunos pueblos.

2.º El estilo peculiar de cualquier escrito, ó sea el grado de elevación que imprime el tono en el estilo.

3.º El modo y forma de escribir ó hablar peculiar á cada uno.

En la primera acepción el estilo se dividía en *asiático*, *lacónico*, *ático* (1) y *rodio*. El *asiático* era copioso é hinchado; el *lacónico* sumamente conciso; el *ático* limpio y correcto, y el *rodio* algo más copioso que el *ático*.

(1) En el día la voz *ático* se emplea para indicar la pulidez, la elegancia, el buen uso del estilo.

La voz estilo fué adoptada por los antiguos en la segunda acepción, y lo dividieron en *sencillo*, *medio* y *sublime*; y en la tercera lo ha sido por los modernos, para quienes el estilo es el modo peculiar con que cada uno expresa los pensamientos, sentimientos é imágenes por medio del lenguaje; es la fisonomía del escritor. *Oratio vultus animi est*, decía Cicerón.

No se debe confundir el lenguaje con el estilo: en una composición entendemos por lenguaje «la colección de expresiones con que en ella anuncia sus pensamientos el autor», y sus leyes son puramente gramaticales. De consiguiente, el lenguaje será una de las partes componentes del estilo, pero éste no nace sólo de aquel. Los pensamientos, las formas con que se expresan, el gusto peculiar del escritor, su talento, su educación literaria, su mayor ó menor sensibilidad, todo contribuye á elaborar su estilo propio. Puede muy bien ser puro, correcto y castizo el lenguaje y ser al mismo tiempo vicioso el estilo por lo enmarañado de las cláusulas, por la falta de cadencia en sus miembros, por lo bajo de sus expresiones, etc. Téngase presente esta distinción para no confundir en nuestros escritores el lenguaje y el estilo. En casi todos los escritores de los siglos XVI y XVII el lenguaje es bueno, pero en muchos de ellos el estilo es descuidado y en algunos detestable. En el día al contrario; el estilo no es malo, pero el lenguaje está viciado en general con locuciones y frases extranjeras.

II

Clasificación del estilo.

A pesar de lo que dejamos indicado, no es fácil clasificar las variedades del estilo por una división exacta. Sería necesario clasificar primero todos los objetos en

que el estilo puede emplearse, y todos los aspectos distintos por donde se puede considerar, y por último y más principalmente, tener en cuenta la variedad y diferencia que se encuentra en el modo peculiar de expresarse cada uno de los escritores.

Nosotros comprenderemos en tres grupos las principales denominaciones que se dan al estilo:

1.º Clasificación de los *antiguos ó división clásica*, que divide el estilo en *sencillo, medio y sublime* (1).

2.º Clasificación *por el ornato*, bajo cuyo punto de vista el estilo se divide en *árido, llano, terso, elegante y florido*.

3.º Clasificación *por la extensión de las cláusulas*, y bajo este modo de ver, el estilo se distingue en *cor-tado, periódico y difuso*.

(1) En las escuelas de retórica ha prevalecido esta división, hasta que en algunas obras modernas ha sido tratada con un desdén incalificable.

CAPÍTULO III

DIVISIÓN CLÁSICA DEL ESTILO

I

Idea y carácter del estilo sencillo.

El *estilo sencillo*, que también recibe el nombre de *tenue*, no es enemigo del ornato, aunque desecha todo lo que tiene aire de afectación y de artificio. Hablando Capmany de este estilo, dice: «Este género, cuyo carácter principal consiste en la claridad, conviene con más propiedad á la narración y prueba del discurso oratorio; porque es un estilo que, desechando toda afectación y compostura, condena en general los adornos y sólo admite los sencillos y naturales. A la verdad, no es una hermosura viva y brillante; antes como modesta y suave, saca su mayor realce de la misma negligencia y desaliño que á veces le acompaña. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta elegancia y pureza en el lenguaje, que más bien se deja gustar que conocer, componen todos sus adornos, sin necesitar de la pompa y composición de las figuras. La sencillez es la parte ordinaria de la elevación de los sentimientos, porque como consiste en mostrarse uno tal como es, las almas nobles ganan siempre en ser conocidas. Por esto mismo no podemos entender por *estilo sencillo* una frase baja, grosera y demasiado vulgar; esto nunca fué digno de